

cida en las letras francesas. Su ironía, su humor, su conocimiento agudo pertenecen a esa orden particularmente individual que no permite rivalidad. El aura que circunda su obra pertenece únicamente a él y con su muerte se extinguirá una personalidad de seguro única en Francia, y que no va a repetirse.

El encanto de sus libros reside principalmente en la conversación. A través de la conversación de sus personajes, sagaz, ingeniosa, sardónica y delicada, France revela a la vez, a su vez, a su carácter. Cuando en alguno de sus libros hay un personaje, tal como el perro, Riquet, en «Monsieur Bergeret en París», que no habla, él describe con gravedad los pensamientos de la creatura.

Siempre es peligroso recomendar una lista seleccionada de obras de un escritor, pero hay ciertos volúmenes de

Anatole France que muestran, indudablemente, la razón por qué es él hoy quien recibe con honor el Premio Nobel. Son libros que leerán todos los que gusten de la buena lectura; los pocos que se colocan aquí, son obra de pura selección personal y, desde luego, se ha agraviado tanto al escritor, que ella no escapa a la virtud de agregarle otros que son de lo más sabio e ingenioso que se ha escrito en los tiempos modernos: «Jocaste et le Chat Maigre», «Le Crime de Sylvestre Bonnard», «Balthazar», «Thais», «Les Opinions de Jerome Coignard», «Le Lys Rouge», «Le Jardin d'Épicure», «L'Anneau d'Amathyste», «Les Revoltes des Anges», «L'Isle des Pengouins» y *Les Dieux ont Soif*.

(Traducido del THE NEW YORK TIMES, Book Review and Magazine, para el REPERTORIO AMERICANO).

La farsa de "El Soldado Desconocido"

POR CARMEN LIRA

Al congregarnos solemnemente en torno de este sepulcro, los corazones del pueblo americano se unen en el tributo hecho a sus parientes de habla inglesa. Y ahora, en este sagrado recinto, en nombre del Presidente y del pueblo de los Estados Unidos, yo coloco sobre esta tumba la Medalla de Honor conferida por decreto especial del Congreso americano, en conmemoración de los sacrificios de nuestro camarada inglés y de sus compatriotas y como pequeña demostración de nuestra gratitud y afecto al pueblo.

(Frasas del General Pershing en su discurso pronunciado en la Abadía de Westminster, ante la tumba del Soldado Desconocido).

La acción del Presidente y del Congreso (se refiere a los Estados Unidos) ha conmovido profundamente los corazones ingleses. Este imperio hasta en sus más apartados rincones no desconoce la profunda significación de este muerto y de este día. El homenaje que hoy se hace en esta tumba permanecerá como el emblema de un común sacrificio por un común propósito. Recordará no sólo a esta generación sino a las futuras, que las miras fundamentales de estas dos democracias, son las mismas, y será interpretado como solemne promesa hecha al muerto valeroso; de que estos dos poderosos pueblos que fueron camaradas en la Gran Guerra, han resuelto continuar siendo camaradas para garantizar una Gran Paz.

(Palabras de Mr. Lloyd George al contestar el discurso del General Pershing).

HACE poco tiempo que una misión americana trajo de Europa a bordo del «Olimpia» los restos de una de

los millones de víctimas que hiciera la Guerra del Capital o en términos hipócritas, la Guerra Europea. Por supuesto, que los huesos tenían que ser los huesos de un yankee.

A propósito de tal hecho los diarios y revistas patrioterros de los países aliados, armaron una algarabía que pone a preguntarse la imaginación si algo por el estilo no era en la antigüedad el coro de mujeres pagadas por llorar y lanzar exclamaciones en torno de un cadáver que nada les importaba.

Hay páginas de páginas dedicadas a las ceremonias a que diera ocasión el suceso. Los grabados que ilustran los comentarios son incontables:

Aquí se ve al General Pershing ante la tumba de «El Soldado Desconocido», en la Abadía de Westminster, en el momento de pronunciar su discurso. Otro es el del General Pershing al colocar en el cenotafio de Whitehall, la corona de palmas y laureles, realzada con los colores americanos y la tarjeta en la que campean las enternecedoras frases de «El General Pershing con cariñosa simpatía y en gloriosa memoria de sus camaradas británicos que cayeron durante la Gran Guerra». En el de más allá se ve a Lloyd George al contestar lleno de gratitud al General Pershing. O bien es el General Pershing en el Arco de Triunfo en París, en el instante de clavar en un almohadón, ante la tumba del Poilu Inconnu, la medalla que el Congreso americano tuvo a bien ofrecer a los sacrificados porque los capitales X, Y, Z, no sufrieran menoscabo. (En este grabado se ofrece la oportunidad de saber algo de la prestancia de alguno de los gene-

rales franceses que tuvieron la gloria de ofrendar al genio maléfico de la Patria, más metros cúbicos de sangre). En alguna parte se encuentra uno con la bucólica escena del General Pershing plantando en una de las pelouses del Trocadero, cierta encina destinada a simbolizar la amistad franco-americana.

En cuanto al «Unknown Warrior» americano: son muchas las columnas con sus correspondientes fotograbados que permiten ver y saber algo de la exhumación de cuatro ataúdes de soldados yankees; de cómo un sargento eligió uno entre los cuatro, colocando sobre él un ramillete de rosas de Francia; del ataúd de plata maciza, acolchado en satin blanco y con un forro de género negro que iba a contener los preciosos restos; de la honra que antes de zarpar el «Olimpia» hiciera un alto funcionario francés a las reliquias, colocando sobre ellas la Cruz de la Legión de Honor, con la cual parece que también se ha honrado a muchos seres en torno de los que flotaron ciertas influencias durante la guerra, influencias que los libraron de estar en el frente.

Y durante todo el presente año el invento francés—porque es francés, si no estoy mal informada—del monumento al Soldado Desconocido, llamado a tener el éxito de este otro del Corazón de Jesús, ha estado conmoviendo por medio de la prensa, al mundo entero.

Una lujosa revista francesa de gran circulación dice ingenuamente en un número de setiembre, que diariamente reciben fotografías de monumentos dedicados a las víctimas de la guerra y que Deauville, la playa de moda, tendrá también el suyo. Muy sobrio ¡oh, eso sí! será este monumento de Deauville. Figuraos que consta de una sola figura de mujer ataviada como Palas Atenea y que representa la Francia. Eso dará lugar a que los bañistas salpimenten los placeres que les ofrece la playa con esta idea fúnebre y que experimenten la voluptuosidad de sentirse todavía riendo bajo el sol del buen Dios y gozando de las ventajas del dinero y de la victoria. Además, las damas sentimentales tendrán ocasión de ponerse histéricas, cuando la Francia ataviada como Palas Atenea las invite a pasar volando sobre el recuerdo de los 500,000 muertos de Verdún, o de memorias por el estilo.

Pero lo que ha pasado en Italia encierra una nota cómica: parece que una misión militar francesa fué en setiembre a colocar en el Monte Tomba, la primera piedra al monumento a los franceses muertos en tierra italiana. Allí fueron muy agasajados, pero en Turín y en Milán se les recibió con